

La “libertad” del consumidor

Araceli Damián*

Uno de los pilares de nuestra sociedad, sostienen los que creen fielmente en el mercado, es que el consumidor puede elegir “libremente” bienes de acuerdo a sus preferencias. La teoría neoclásica del consumidor (TNC) sostiene que mediante esta libre elección los hogares maximizan la utilidad, concepto inobservable relacionado a veces con la felicidad o con algún otro estado de la mente.

En la TNC la única autoridad para juzgar lo correcto de sus apetencias es el individuo. Sin embargo, este supuesto ha sido puesto en duda al reconocerse que existen límites al conocimiento y a la racionalidad. Para elaborar la crítica a la TNC, Julio Boltvinik (“Elementos para la crítica de la economía política de la pobreza” *Desacatos*, núm. 23, *De la pobreza al florecimiento humano: ¿teoría crítica o utopía?*, CIESAS, Enero-Abril, 2007) retoma al economista Peter Penz quien afirma que las “apetencias basadas en la ignorancia son epistémicamente irracionales.” Penz también señala que la evaluación de las apetencias tiene un carácter circular, dado que éstas “son moldeadas por las mismas instituciones y procesos que han de ser evaluados en función de la satisfacción de dichas apetencias.”

Además Penz señala que “la satisfacción de apetencias es un principio que no puede hacerse mensurable sin juicios normativos adicionales”, lo que mete a la TNC en un dilema irresoluble, si desarrollasen “tales juicios normativos externos, su inserción en el principio de satisfacción” subvertiría el carácter abierto y subjetivo del principio. Pero si no se hace, “lo deja abierto a problemas de ignorancia e irracionalidad y de evaluación circular.”

Para ampliar su crítica a la TNC Boltvinik también retoma a Deaton y Muellbauer (*Economics and Consumer Behaviour*, Cambridge University, 1991), dos importantes exponentes de la TNC, que sin embargo han mostrado algunas de sus limitaciones. Los autores definen seis axiomas de elección (reflexividad; completitud; transitividad; continuidad; no saciedad; y convexidad) cuya aceptación equivale a la existencia de una función de utilidad.

La aceptación de estos axiomas, junto con la restricción lineal del presupuesto y la maximización de la utilidad proveen la solución: la elección óptima. Dejo para una siguiente colaboración la explicación y análisis de los axiomas.

Deaton y Muellbauer exponen los “límites de la elección” y afirman que al situar el énfasis en las preferencias (en los axiomas y en la función de utilidad) la especificación de cuáles elecciones están realmente disponibles recibe un lugar secundario. En su opinión mucho puede ser explicado por las oportunidades de elección (determinada por los ingresos del individuo), que a diferencia de las preferencias, si son observables. Por tanto, concluyen los autores, en la TNC se sobrestima el papel de las preferencias.

Por otro lado, los economistas neoclásicos se niegan a establecer normas y a introducir el concepto de necesidades. Sin embargo, Deaton y Muellbauer añaden casi de manera subrepticia, a la restricción presupuestaria, la “de sobrevivencia” con lo que a su vez introducen a las necesidades. Determinan “mínimos” de satisfacción en alimentación y alojamiento con lo que se reduce el espacio de “libre” elección, dado que “los hogares con un presupuesto que sólo permita adquirir los mínimos tendrán que hacerlo así o dejar de existir.”

Como bien señala Boltvinik “cuando las restricciones del presupuesto y de sobrevivencia dejan al consumidor con cero grados de elección, las preferencias se vuelven inaplicables o irrelevantes.” Pero además, Boltvinik señala que entre “los consumidores no pobres, para los cuales por definición el presupuesto es mayor que el mínimo requerido, sólo sobre el excedente hay, en algún sentido, libertad de elección.” A pesar de que Deaton y Mullbauer reconocen que las preferencias probablemente no sean un elemento crucial en la descripción de la conducta del consumidor (que bastarían sus ingresos y supuestos adicionales muy suaves para describirla completamente), defienden férreamente la TNC.

Otra de las contradicciones en las que incurre la TNC es puesta de relieve cuando Deaton y Mullbauer proponen utilizar las escalas de equivalencia para comparar el bienestar entre hogares de diferentes tamaños y estructuras demográficas. Las medias basadas en el ingreso per cápita, comúnmente utilizadas para medir la pobreza, ignoran el hecho de que un bebé necesita menos bienes para sobrevivir

que un adulto, una mujer que un hombre. Las escalas de equivalencia, afirman estos autores, “son deflatores por medio de los cuales los presupuestos de diferentes tipos de hogar pueden ser transformados a una base necesidad-correcta.”

Es absolutamente inconsistente que una teoría, en este caso la TNC, se construya ignorando la existencia de necesidades humanas y que, no obstante, al mismo tiempo introduzca “para efectos de comparación”, el ajuste de presupuestos de acuerdo a las necesidades de los individuos según edad y sexo. Los cimientos de esta teoría, como del enfoque neoclásico en general, son a todas luces blandengues.

El Colegio de México, adamian@colmex.mx